

con naturalidad: «... él, como el Adán de Espronceda...»<sup>8</sup>. Espronceda y la poesía parecen justificar demasiado en la novela; los interminables desacuerdos amorosos entre Mara y Flavio tienen un solo motivo: el que los dos sean poetas.

Todas estas circunstancias conducen a un resultado de novela en exceso pendiente de la necesidad que Rosalía tiene de que no triunfe el amor. Los personajes son, como consecuencia, poco naturales, escasamente coherentes, de muy parcial interiorización, conducidos a un final precipitado y que no soporta la repetición innecesaria de escenas a lo largo de la disparidad emocional de los protagonistas.

### «El caballero de las botas azules», o la disposición a la fantasía

En *El caballero de las botas azules*, hay literaturización desde el comienzo de la novela —en el diálogo entre el Hombre y la Musa—, y una clara conceptualización literaria: Homero, Calderón, Herrera, Garcilaso, Cervantes<sup>9</sup>. También en la calificación de lo nuevo y lo viejo, y el intento de desmitificación del Romanticismo<sup>10</sup>, que se sigue en la obra, junto a aspectos de crítica a los periódicos, a los malos directores y críticos. Y, algo más excepcional, se critica la novela desde la propia novela, en un tono similar al que usa Espronceda —otra vez en la obra de Rosalía— en *El Diablo Mundo*.

En su actitud crítica debió influir el apedreamiento de los seminaristas de la imprenta donde debería editarse su cuadro de costumbre «El Codio»; se produjo el 30 de noviembre de 1864. Es mínimo este aspecto para poder establecer un mínimo de carácter autobiográfico en la novela. Pero sí es curioso observar cómo aquella iniciativa novelista de *La hija del mar* ha transformado su inseguridad en varapalo crítico y en enunciativa de méritos literarios.

Y algo más importante: el papel de la mujer. ¿En qué se ha transformado? En un cúmulo de hipocresías, banalidades, plegada totalmente a los usos sociales más falsos. Casimira, la marquesa Mara Mari, la señora de Vinca-Rúa, la condesa Pampa, ya sostienen en su nombre una mal disimulada crítica de Rosalía de Castro. La mujer es digna de compasión por el mero hecho de serlo. Y es, en especial, digna de lástima la mujer de la aristocracia española. No el aristócrata varón, que se verá redimido en último extremo en la figura del señor de la Albuérniga.

Insistimos en la resolución que da Rosalía a la novela, de carácter literario, en la búsqueda que el caballero de las botas azules hace del libro de la verdad. Es indudable que en ese libro de la verdad está implícito el comentario de Rosalía sobre romanticismo y románticos, sobre la poesía huera, sobre los pedantes y malos escritores; y todo bajo la invocación del Lazarillo, de Cervantes, Quevedo y la bayroniana ironía.

Rosalía se siente en la sociedad literaria y eso le da alas para la valoración y no sé si seguridad para la utilización de elementos comunes a otro escritor; sobre todo de

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 278.

<sup>9</sup> Edición de M. Armiño, pág. 251.

<sup>10</sup> *Ibid.*, págs. 62-63.

Espronceda. Además de los ya señalados, el coro de demonios, que inician *El Diablo Mundo*, y la personalidad demoníaca del propio caballero de las botas azules.

Rosalía parece no sentir tanto la desgracia de su origen, pero sí sentir el fracaso de su vida emocional. En *El caballero...* hay apenas un premio de consolación en los amores matrimoniales de Mariquita y Melchor. ¿Aspiraba Rosalía a ser ella la Mariquita de su novela? A medida que avanza en su creación literaria se siente más segura, y va, al tiempo, haciendo sentir la desgracia de ser mujer; la suya propia. Esto es quizá lo que la empuja a la fantasía, a la utilización de elementos simbólicos en *El caballero...*

Podríamos, por tanto, definir la labor de Rosalía en estas tres novelas como el camino de lo autobiográfico (real) a lo simbólico (fantástico), de la oscuridad del alma (la tormenta) a la luz de la esperanza de un cielo o una gloria (las botas azules), del feminismo a la feminidad, de lo regional (sin excesivo arraigo) a lo social, del amparamiento en la literatura a la crítica literaria.

Y hay otros elementos que también nos deben avisar sobre la escritora: el tema de la emigración, de la galleguicidad son escasos; no hay saudosismo ni voluntad de dolor por el paisaje. No se producen en las novelas el intermedio en el que la prosa de Rosalía pudo haber tenido más éxito: el cuadro de costumbrismo, que tan bien apunta en *Ruinas* (1866) o en *El cadiceño* (1864).

PABLO DEL BARCO  
*Apartado 30*  
SEVILLA



*Hernán Cortés*